

# EL FINAL DE LA MISIÓN DE LOS JESUITAS ESPAÑOLES EN MARIANAS Y CAROLINAS TRAS LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: 1945-1947

SANTIAGO NAVARRO DE LA FUENTE

Universidad de Sevilla

snav@us.es

**RESUMEN:** Acabada la Segunda Guerra Mundial, la misión que los jesuitas de la provincia de Andalucía tenían encomendada en las islas Carolinas pasó a ser administrada por los jesuitas estadounidenses. Se trataba de un ajuste de jurisdicción similar al que había posibilitado la encomienda de la misión a los españoles tras la Gran Guerra. Allí habían muerto durante el conflicto 9 de los misioneros españoles enviados. Los restantes pudieron retornar a España o permanecer en aquellas remotas islas bajo la nueva dirección. El relato del final de aquella misión, el balance de sus frutos y las consecuencias que en ella se vivieron con el cambio de escenario tras la guerra se abordan en este estudio a partir de la edición de *El Ángel de Carolinas*, una revista mensual que la Compañía editó para difundir las noticias de la misión y promover los donativos. Se trata de una fuente privilegiada toda vez que el archivo de la Compañía de Jesús en España no cuenta con fondos disponibles para la consulta sobre la cuestión.

**PALABRAS CLAVE:** Jesuitas – Carolinas – Marshall – Marianas – Micronesia – Segunda Guerra Mundial – Misiones

## THE END OF THE SPANISH JESUITS' MISSION IN THE MARIANA AND CAROLINE ISLANDS AFTER WORLD WAR II (1945–1947)

**ABSTRACT:** Soon after the end of World War II, the management of the Andalusian Jesuit mission in Caroline Islands changed to the American wing of the order. This was similar to what had already happened in 1920, when the Spanish were sent to the Islands after the Great War. During the Pacific War, 9 Jesuits passed away. The survivors could choose between returning to Spain or staying in the islands

---

*Santiago Navarro de la Fuente. Profesor Permanente Laboral en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Sevilla. Ha centrado su investigación en la dimensión religiosa de la Historia contemporánea de España. Es autor del libro La Santa Sede y la guerra Civil. Los representantes del Papa en la España en conflicto (1936-1938) y cuenta con diferentes trabajos publicados, destacándose los artículos en revistas como Historia contemporánea, Historia y Política, Hispania Sacra, Historia Actual Online e Historia constitucional.*

under the new management. In this paper, we study the end of that mission, the results obtained and their consequences within the new international context after the war. This investigation is based on *El Ángel de Carolinas*, a monthly journal published by the Andalusian Society of Jesus for mission promotion and donation encouragement. The journal is an interesting source of information any time when the Spanish Jesuit Province Archive does not have enough available resources for the intent.

**KEY WORDS:** Society of Jesus – Caroline Island – Marshall Island – Marianas Islands – Micronesia – World War II – Roman Catholic Mission

## JUSTIFICACIÓN Y FUENTES

En 1920 los jesuitas españoles fueron enviados como misioneros a las islas de la Micronesia. En realidad, se trataba de una suerte de retorno a la misión que Diego Luis de San Vitores había iniciado en 1668 estableciéndose en Guam y fundando allí la ciudad de San Ignacio de Agaña<sup>1</sup>. Se iniciaron así una sucesión de proyectos misionales que se prolongaron durante el imperio español hasta la guerra hispano-estadounidense de 1898 y la posterior venta a Alemania de aquellas islas en 1899<sup>2</sup>. Desde entonces, los misioneros católicos habían sido capuchinos alemanes que hubieron de abandonar aquellas islas en 1918 a consecuencia del orden mundial surgido del fin de la Gran Guerra. El dominio japonés del Pacífico sugirió entonces que fuesen jesuitas españoles los que se dedicaran a aquella misión. Una circunstancia parecida fue la que volvió a darse tras el final del segundo conflicto mundial en 1945. El nuevo dominio estadounidense de los territorios que se correspondían con la misión de Carolinas, Marianas y Marshall de los jesuitas, constituidos en Fideicomiso de las Naciones Unidas en 1947<sup>3</sup>; el aislamiento internacional de la España de Franco y otros factores de consideración conllevaron el relevo del encargo de esta misión a la Provincia Bética de los Jesuitas españoles. Esta había venido ocupándose de ella desde 1925, aunque con presencia de clérigos de otras regiones debido a la “penuria de sujetos”.

El seguimiento de lo ocurrido con esta misión ha podido reconstruirse a partir de la revista *El Ángel de Carolinas*. Fue una publicación casi siempre mensual en

1 Alexandre COELLO DE LA ROSA y David ATIENZA DE FRUTOS, “Sobre amnesias y olvidos. Continuidades y discontinuidades en la (re)construcción de la memoria colectiva en Guam (Islas Marianas)”, *Historia Social*, 86 (2016), p. 25-46, p. 26.

2 María Dolores ELIZALDE, “Una defensa de la soberanía en el contexto del imperialismo: la colonización española de las islas Carolinas y Palaos” en María Dolores ELIZALDE, Josep M. FRADERA y Luis ALONSO (ed.), *Imperios y Naciones en el Pacífico. Colonialismo e Identidad Nacional en Filipinas y Micronesia*, vol. II, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2001, p. 315-339.

3 David MANZANO COSANO, “La isla de Guam: de colonia española a territorio no autónomo”, *Revista Española de Derecho Internacional*, 74 (2022), p. 135-154, p. 141.

la que la Procura de la misión en Sevilla difundía a los ambientes jesuíticos –especialmente a los colegios– la realidad de la labor de los misioneros en las islas y sus necesidades, con el propósito de animar tanto las donaciones como las oraciones en favor de los misioneros. Una colección prácticamente completa de esta revista se conserva en la Hemeroteca Municipal de Sevilla. Dado que muchos de sus números aparecen todavía en fase de galeradas, con múltiples anotaciones en las páginas iniciales, en algunos casos con los pliegos de papel aún sin cortar e incluso con dos ediciones diferentes para el verano de 1944; parece claro que la colección hubo de estar vinculada con la Editorial Católica sevillana con sede en la calle San Jacinto y que hubo de llegar a la Hemeroteca Municipal junto con los fondos de alguno de los destacados tradicionalistas sevillanos del periodo como Melchor Ferrer o el propio Manuel Fal Conde. Este último es quien consta como titular de algunas de las facturas encontradas entre la colección<sup>4</sup>.

La fuente se torna particularmente relevante por cuanto la documentación referida a esta misión disponible para su consulta en el Archivo Histórico de la Provincia de España de la Compañía de Jesús, que guarda los fondos de la antigua provincia Bética, es muy escasa y referida únicamente a los años veinte. Para el presente estudio se ha procedido a un barrido sistemático de la publicación y al tratamiento de su información para los años que van desde la Segunda Guerra Mundial hasta el final del año 1947 en que finalizó el encargo de la misión de Carolinas a la provincia Bética de los jesuitas andaluces. Desde entonces hubieron de dedicarse a la misión en el Japón y la de Carolinas quedó encomendada a los jesuitas de los Estados Unidos.

## LOS MISIONEROS ESPAÑOLES DESTINADOS EN LA MISIÓN DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La misión de la Compañía en los Mares del Sur estaba caracterizada por las enormes distancias entre las islas, que fueron tomadas por los estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial. En la actualidad, sus territorios se corresponden con la los Estados Federados de Micronesia en los que se encuentran Ponapé (hoy Pohnpei), Truk, Yap y Mortlock; la República de Palaos y la República de las Islas Marshall además de los territorios de la Mancomunidad de Islas Marianas y Guam. Allí desaparecieron nueve jesuitas durante el conflicto mundial: los dos destinados en Rota, tres de Yap, tres de Palaos y el coadjutor Fernando Hernández de Ponapé. Acabada la guerra, en la misión estaban los siguientes religiosos:

---

<sup>4</sup> Leandro ÁLVAREZ REY, “La Andalucía Contemporánea: niveles de conocimiento, fuentes y materiales didácticos” en Leandro ÁLVAREZ REY y Encarnación LEMUS LÓPEZ (ed.), *Historia de Andalucía Contemporánea*, Huelva: Universidad de Huelva, 1998, p. 21-55, p. 41.

	<b>Misionero</b>	<b>Condición</b>	<b>Destino</b>	<b>Edad 1945</b>
1	Aguinaco, Agustín	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	62 años
2	Ariceta, Juan	Coadjutor	Tokio	47 años
3	Arizaleta, Juan	Coadjutor	Lukunor, Mortlock (Carolinas)	76 años
4	Batle, Santiago	Jesuita	Fefén, Truk (Carolinas)	53 años
5	Belinchón, Juan	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	54 años
6	Berganza, Higinio	Jesuita	Tokio	53 años
7	Bizcarra, Juan	Jesuita	Tokio (en Yamaguchi)	37 años
8	Casasayas, Salvador	Coadjutor	Fefén, Truk (Carolinas)	46 años
9	Cermeño, Antonio	Jesuita	Tokio	
10	Cobo, Paulino	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	50 años
11	Espinal, Martín	Jesuita	Lukunor, Mortlock (Carolinas)	61 años
12	Espuny, Pedro	Coadjutor	Fefén, Truk (Carolinas)	53 años
13	Fernández, Gregorio	Jesuita	Ponapé (Carolinas)	46 años
14	Fernández, Quirino	Jesuita	Ponapé (Carolinas)	45 años
15	Gogenola, José Mauricio	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	68 años
16	Hernández, Faustino	Jesuita	Toloas, Truk (Carolinas)	54 años
17	Herreros, José	Jesuita	Tokio	51 años
18	Lasquibar, Ramón	Jesuita	Ponapé (Carolinas)	75 años
19	Martín, Cipriano	Coadjutor	Lukunor, Mortlock (Carolinas)	62 años
20	Ocina, Pedro	Coadjutor	Tokio	37 años
21	Oroquieta, Gregorio	Coadjutor	Saipán (Marianas)	
22	Santana, José	Coadjutor	Toloas, Truk (Carolinas)	49 años
23	Tardío, José María	Jesuita	Saipán (Marianas)	

*Tabla 1. Elaboración propia a partir de los datos de El Ángel de Carolinas y de Archivo General de la Administración (en adelante AGA), 82/4992 expdte. 147.*

## SAIPÁN, EL PRELUDIO DE LA NUEVA SITUACIÓN

En el verano de 1944 había sido tomada por los estadounidenses la isla de Saipán, en las Marianas<sup>5</sup>. En ella estaba destinado como misionero el P. José María Tardío junto con el H. Oroquieta<sup>6</sup>. Si inicialmente Tardío fue muy poco dado a las comunicaciones, pasadas las primeras semanas de dominio estadounidense comenzó a ser muy pródigo en dirigirse a la Procura de la misión en Sevilla, dibujando un escenario marcado por el entusiasmo hacia los nuevos dominadores en contraste con los nipones, la importante carga de trabajo en la misión derivada del crecido número de católicos de aquella isla que funcionaba “como una verdadera parroquia” y la atención a los soldados católicos estadounidenses.

En los previos de la Navidad de 1944, el P. Tardío escribió desde Saipán al P. Francisco Cuenca, procurador de la misión en Sevilla. Sus letras hablaron del “buen trato que nos han dado y nos siguen dando los americanos”. Sobre su carga de trabajo, explicaba que la situación había cambiado mucho y la labor de los misioneros –sobre todo del sacerdote– se había vuelto muy intensa: “como antes no nos dejaban hacer nada y ahora lo podemos hacer todo, es mucho el trabajo que tenemos y no queda tiempo ni para escribir”. El ejemplo principal lo ponía en que había tenido que celebrar tres misas el domingo anterior: a las seis de la mañana para los feligreses, a las ocho para los soldados estadounidenses católicos y poco después de las nueve en un hospital. De forma que, dadas las condiciones de ayuno para la celebración de la misa en la época, el P. Tardío aclaraba: “Me levanté a las tres y media y desayuné a las diez”. Por eso decía que, “si vinieran otros dos Padres, para todos habría trabajo”<sup>7</sup>.

El mismo P. Tardío, en carta dirigida a sus hermanos Juan Antonio y Julia, indicó que “nunca habíamos estado tan bien como ahora”, contando que habían recibido la visita de hasta veinte capellanes católicos castrenses del ejército de los Estados Unidos<sup>8</sup>. A los misioneros les llamó mucho la atención que hubiese “tantos católicos entre los soldados americanos y muchos capellanes”. Entre ellos, además, dos jesuitas. De esta forma podía explicarse que el P. Tardío hubiera comenzado a asistir a la tropa americana como capellán<sup>9</sup>.

La Navidad de 1944 fue celebrada “felizmente”, oficiándose la Misa del Gallo como no se había hecho desde el comienzo de la guerra. La fiesta, además, había dado ocasión a celebrarla con cantos de villancicos en los campamentos

5 John DAVISON, *La Guerra del Pacífico día a día, 1941-1945*, Madrid: Libsa, 2005, p. 112 y ss.

6 De él se ha destacado especialmente su “gran actividad constructiva” en todos los destinos en la misión. Javier GALVÁN GUIJO, “El legado arquitectónico de origen español en Micronesia”, *Revista Española del Pacífico*, 10 (1999), p. 9-26.

7 Carta del P. Tardío de 18 de diciembre de 1944 publicada en *El Ángel de Carolinas* (en adelante EAC), marzo de 1945, p. 1.

8 Carta del P. Tardío de 15 de noviembre de 1944 (EAC III 1945, 1-2).

9 Carta del H. Oroquieta al P. Martín Palma, abril de 1945 (EAC III 1945, 1-2).

de soldados en los que habían participado católicos indígenas. De ello se habían efectuado placas y fotos. De hecho, el P. Tardío afirmó que habían sido “de las Navidades más felices que he pasado en mi vida. A las doce de la noche fue la Misa del Gallo: la iglesia llena y fuera mucha gente; la segunda misa la dije a las cinco y media, en el mismo lugar, y la tercera en un campamento, a los soldados católicos”. A la celebración no le faltaron regalos, helados, bizcochos y caramelos. “¡Qué paz, qué contento, qué abundancia de todo! A pesar de estar aún en guerra”<sup>10</sup>.

En la libertad ganada insistía también el P. Tardío para indicar el exceso de trabajo con que contaba, dando a entender que recogían entonces el fruto de una labor realizada tiempo atrás: “Tengo ahora un trabajo abrumador, pues como hay libertad para lo bueno, tenemos muchos cultos y hacemos muchas cosas que antes no podíamos: había tela cortada que ahora estamos cosiendo”. Esta necesidad fue la que le impulsó a solicitar el envío de más padres que, empleando la lógica, si no podían ser de la provincia Bética, tendrían que ser estadounidenses: “A ver si nos consigue alguna ayuda, si no puede ser de ahí, que sea de América, de donde son ya más de 3.000 los P. de la Asistencia”<sup>11</sup>.

Sobre el nivel de vida que la llegada de los soldados estadounidenses había reportado, fueron particularmente contundentes las letras remitidas el 2 de marzo de 1945, que fueron publicadas en la revista de mayo: “Ahí no pueden comprender ustedes lo que ocurre aquí, ni en las actuales circunstancias se puede escribir todo, pero sepan que no nos falta nada, absolutamente nada, a pesar de que lo perdimos todo en la guerra: la Caridad de estos americanos es inagotable”<sup>12</sup>.

La carga de trabajo era tal que Tardío no pudo comprometerse a officiar una serie de misas gregorianas encargadas desde España porque ya celebraba demasiadas misas tanto en su encargo misionero como en la labor de atención a los soldados católicos: “esto no es una Misión, es una Parroquia en toda regla, como cualquiera de España”. Por eso, a medida que avanzaba el tiempo, y ante la imposibilidad de comunicarse con el Superior de la misión, Higinio Berganza que se encontraba en Tokio, era muy contundente en su petición: “Aquí es de absoluta necesidad un P. Jesuita americano, pues hay que tratar muchos asuntos con el Gobierno, como reedificación de la iglesia, colegio de MM. etc., y no todo puede hacerse por medio de intérprete”.

La guerra no había terminado, pero “aquí apenas sentimos los efectos de ella”. Los efectos que sí destacaba el jesuita eran los de la transformación en infraestructuras que los nuevos dominadores estaban llevando a cabo: nuevos

10 Carta del P. Tardío de 7 de enero de 1945 (EAC V 1945, 2).

11 Postdatas del P. Tardío a las cartas de Oroquieta (EAC IV 1945, 2-3).

12 Carta del P. Tardío desde Saipán al P. Palma en Sevilla, de 2 de marzo de 1945 (EAC V 1945, 1).

caminos, nuevos edificios... “Los naturales están muy contentos”, añadía al tiempo que insistía en pedir ayuda “porque es mucho el trabajo de aquí para uno solo”. A comienzos de 1945, los domingos continuaba celebrando tres misas, dos a los feligreses y una tercera a los soldados. Todas las tardes había rosario con letanías y salve cantada. “Tanto al rosario como a la misa diaria, mucha asistencia; en las dos misas de los domingos se llena la iglesia y queda mucha gente fuera”<sup>13</sup>.

La Semana Santa de 1945 también participó del nuevo esplendor. Tardío explicó que “la procesión del Viernes Santo, como nunca”. Su actividad continuaba siendo muy intensa. Contaba que entre los soldados se estaban produciendo muchas conversiones y que ya pasaban de treinta los capellanes católicos a los que había saludado. En la primavera, Tardío ya no precisaba nada material; “solo y mucho de vuestras oraciones”<sup>14</sup>.

Si las noticias de los primeros meses inmediatamente después de la toma de Saipán por los estadounidenses podían estar movidas por cierta fascinación ante el cambio de la situación, pasado el tiempo las letras de los misioneros de Saipán podían dar lugar a una lectura más profunda después de que las impresiones se hubiesen hecho más duraderas y de que pudieran extraerse de ellas lecturas relevantes. Esto es lo que puede interpretarse de unas letras del H. Oroquieta publicadas en octubre de 1945: “(...) lo que más necesitábamos era la libertad religiosa; fue ésta la mayor cruz nuestra, y así el gozo es ahora mayor al ver que el Señor oyó los gemidos de los pobres”<sup>15</sup>.

Con todo, la situación en Saipán continuaba evolucionando y cada vez era más notoria la necesidad de adaptar la organización de la misión al nuevo orden. El obispo de las islas Salomón había visitado la labor y dirigido unos ejercicios espirituales para muchos capellanes. Oroquieta decía: “parece desea que venga aquí algún padre americano Jesuita que no pertenezca al ejército como capellán para ayudar al P. Tardío en lo de la nueva iglesia y demás cosas que tienen que ocurrir, especialmente al principio”. Tardío continuaba con su nombramiento de capellán auxiliar y también se contaban varios jesuitas entre los capellanes de la tropa estadounidense, entre los que Oroquieta destacaba al P. Dolan, que había sido provincial de Nueva Inglaterra.

La experiencia de la libertad religiosa enfrentaba a los misioneros también con las diferentes opciones religiosas entre los estadounidenses. Así fue proyectado en las páginas de *El Ángel de Carolinas* que recogió el perfil de un “soldado desconocido” que estaba descombrando la casa de los misioneros y quiso felicitarles por su labor pese a que “él no era católico”, de un pastor

13 Carta del P. Tardío de 7 de enero de 1945 (EAC V 1945, 2).

14 “Cartas de Saipán” (EAC VI 1945, 2).

15 “Noticias de Saipán” (EAC X 1945, 3-4).

protestante que les ofreció dinero para reconstruir la iglesia, de un coronel judío que se alegraba de lo bien que cantaban los cristianos pese a haberle interrumpido el sueño a deshoras y que terminó asistiendo a la misa... Además, “hubo colectas de mucho dinero entre los soldados para reconstruir la iglesia”.

“...Se me olvidaba decirle a V. R. que entre los soldados americanos es muy corriente llevar a la vista, en el pecho, medallas y escapularios, rosarios, etc. sobre todo en tiempo de peligro y tal vez hicieran esto más en Saipán, que les servía a los cristianos de recomendación y señal de amistad. Los hay también que las llevan y no son católicos. –Un capitán amigo nuestro nos mostraba una Medalla Milagrosa que traía al cuello, diciendo yo no soy católico, pero me la han dado para que la lleve puesta y la llevo”<sup>16</sup>.

En estas circunstancias, el P. Tardío confirmó a una quincena de soldados. Oroquieta intuía que en los campamentos habría en lo venidero muchas confirmaciones. Además, aportaba el dato de que había tres jesuitas americanos con la tropa en Saipán y otros estaban en los barcos. Había también otros muchos de otras órdenes y clero secular. Por último, es llamativo que todas estas informaciones, que podrían dar pie a consideraciones en los lectores sobre la forma de abordar lo religioso en la democracia estadounidense, compartiese página con una reseña bibliográfica sobre *Paz en la guerra* del P. Jesús González Bueno, una obra basada “en recuerdos vividos y notas tomadas en la Cruzada española por uno de los muchos capellanes jesuitas que voluntariamente lucharon en nuestro ejército”<sup>17</sup>.

El P. Tardío también contaba sus experiencias en el trato con personas de diferentes opciones religiosas. En una carta de 18 de julio de 1945, referida principalmente a la reparación de las imágenes sagradas de la misión, narró el apoyo en la reconstrucción de las estatuas de algunos soldados judíos, entre los que distinguía algunos con más y otros con menos apertura hacia lo católico. Algo que el jesuita expresó como que a uno de los soldados judíos “se notaba que tenía empeño en no contaminarse –hablando a su modo–. En cambio, el primero no tenía tanto de esto”. Estas actitudes las apreciaba también entre los protestantes. Entre ellos, “los hay quienes no pasan del umbral (sic) de la puerta de la iglesia” y otro que era capellán del ejército después de haber sido pastor protestante. Tardío acompañaba todas sus cartas con fotografías que ob-

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> “Bibliografías” (EAC X 1945, 4).

tenía de las que sacaban muchos soldados que llevaban su cámara, dado que “actualmente no hay fotógrafos de oficio”<sup>18</sup>.

Sobre la experiencia del dominio nipón, el P. Tardío fue más explícito en una carta dirigida el 13 de abril de 1945 a la M. Petra Guerrero, de las Esclavas del Sagrado Corazón de Cádiz. La carta fue llevada a la edición de *El Ángel de Carolinas* del mes de junio de 1945, aclarando que se transcribía “lo que puede publicarse”. De las letras que fueron dadas a la prensa, quizás las más significativas fueran las siguientes:

“...Yo estoy mejor de salud y con más fuerza que hace cinco años. Los feligreses son felices y están contentísimos. Libertad para todo lo bueno. El padre misionero, muy considerado; sus indicaciones a las autoridades, atendidas. Un cambio radical como de la noche al día. –En Europa hay un concepto sobre los japoneses muy errado: es preciso vivir con ellos, como yo he vivido catorce años, para conocerlos a fondo. Lo peor que tienen los pobrecitos es una gran soberbia, creen que han recibido «de lo alto» (así lo escriben) la misión de dominar al mundo, de llevar bienestar a todos los pueblos. Todo lo japonés y sólo lo japonés es lo que vale; todo lo demás no vale nada. Desprecian... a los extranjeros... Hay que haberlo vivido para comprender bien lo que son”<sup>19</sup>.

## HACIA EL RELEVO DE LOS JESUITAS ESPAÑOLES EN LA MISIÓN

Como ya podía intuirse a partir de las informaciones enviadas por el P. Tardío desde Saipán, el final de la guerra terminaría por alterar la asignación de la misión de Carolinas a los jesuitas españoles. En realidad, este proceso se inició tiempo antes de que la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico llegara a término. A las siete menos cuarto de la tarde del 13 de diciembre de 1942 murió el Preósito General de la Compañía de Jesús, el P. Wlodimir Ledóchowski<sup>20</sup> quien había regido a los jesuitas durante casi 28 años, desde que fuera elegido en febrero de 1915. En ese periodo la Compañía había experimentado un crecimiento importante tanto en su número de miembros como en las provincias en que se organizaba (entre ellas la propia Bética); también en el número de misiones que atendía. El embajador de la España de Franco ante la Santa Sede,

18 “Una estatua del Sagrado Corazón” (EAC X 1945, 5-6).

19 “Cartas de Saipán” (EAC VI 1945, 2).

20 “Datos biográficos del P. Ledochowski” (EAC I 1943, 2-3).

Yanguas Messía, afirmó que sostenía una “perfecta visión de nuestra Cruzada. Impermeable a torcidas y equívocas propagandas. (...) Nunca nos faltó su comprensión y su simpatía, y en todo momento fue valedor de nuestra causa”<sup>21</sup>.

Ledochowski había sido el Preósito General que había asumido para la Compañía la Misión de las Islas Carolinas que habían abandonado los capuchinos alemanes. A ellas se añadieron también las Marianas y una buena parte de las islas Marshall. Su muerte fue el primero de los elementos que acabarían por desvincular a los jesuitas andaluces de la misión en el Pacífico. El progreso de la Segunda Guerra Mundial habría de traer el resto. Fue precisamente la particular situación creada por la guerra la que llevó al Papa Pío XII a conferir al Vicario General de la Compañía que había dejado nombrado Ledochowski antes de su muerte, el P. Magni, plenos poderes como general de la Compañía dada la presumible tardanza en la elección de un nuevo Preósito General<sup>22</sup>. El P. Magni no sobrevivió a Ledochowski mucho tiempo: murió el 12 de abril de 1944. Le sustituyó el P. Norberto de Boynes, a la espera de que pudiera elegirse un nuevo general con plenos poderes<sup>23</sup>. Para terminar de cerrar la idea de un cambio de época, a todas estas muertes se unió a las dos de la madrugada del 19 de septiembre de 1945 la muerte en Sevilla del P. Cañete, que ejercía de provincial cuando se inició la misión<sup>24</sup>.

En *El Ángel de Carolinas* de diciembre de 1945 se anunció que el P. Higinio Berganza, que había venido siendo superior de la misión jesuítica, había sido nombrado por la Santa Sede como Administrador Apostólico del Vicariato de las Islas Carolinas y Marshall. En realidad, se trató de una reposición ya que el P. Berganza había ostentado esta responsabilidad desde 1939, cuando renunció el P. Rego; pero al estallar la guerra hubo de dejar el cargo por la exigencia de los nipones de que todos los superiores de misiones católicas fuesen japoneses. No obstante, en la reposición parecía que la labor se ceñiría “solo a las Islas Carolinas y Marshall”<sup>25</sup>.

Por otro lado, la Santa Sede nombró otro nuevo Vicario Apostólico para Guam en la persona de Apollinarius Baumgartner, vicario del barrio neoyorkino de Yonkers. Se sustituía así a monseñor Miguel Ángel Olano Urtega, capuchino español que renunció al cargo y fue nombrado asistente al Solio Pontificio<sup>26</sup>.

21 José YANGUAS MESSÍA, “Ha muerto un gran amigo de España” (EAC I 1943, 6).

22 “El P. Magni, Vicario General de la Compañía” (EAC I 1943, 5).

23 EAC V 1944, 4.

24 “El p. Cañete ha muerto” (EAC X 1945, 1).

25 “El R.P. Berganza, administrador apostólico de Carolinas” (EAC XII 1945, 1).

26 Florentino RODAO, “Monsignor Olano, a bishop in World War II”, *Micronesian Journal of the Humanities and Social Sciences*, 4 (2/2005), p. 85-101. Sobre su archivo, Yumi NAGASE, “La visión de Guam del obispo Miguel Ángel Olano: descripción de las fuentes archivísticas (1918-1970)”, *Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, 28 (2022).

Sobre los cambios en el Vicariato Apostólico de Carolinas resulta muy clarificadora la carta que el P. Berganza escribió a monseñor Olano, anterior Vicario Apostólico de Guam, el 26 de diciembre de 1945. La escribió desde Saipán y comenzaba lamentando no haber podido encontrarse con él durante su escala en Guam en el viaje efectuado por los territorios de la misión al acabar la guerra. En cualquier caso, Olano ya no estaba allí: “se había marchado, dejando el vicariato a otro. No me cogió de sorpresa, pero me causó mucha pena. ¡Cuánto le habrá costado el golpe!, y lo mismo a su fiel secretario, nuestro buenísimo Fr. Jesús”<sup>27</sup>.

Los cambios en el Vicariato de Carolinas habían sido los siguientes desde que Berganza fue sustituido por un obispo japonés:

“...Mons. Ydeguchi murió de camino para Hong-Kong a donde le enviaba su Gobierno; por el momento se encargó de sus dos Administraciones AA. Mons. Doi, hasta que publicada oficialmente su muerte, después de unos seis meses, fue nombrado su sucesor definitivo Monseñor Toda; a éste lo asesinó la Policía Militar, el 17 de Agosto último, a consecuencia de lo cual, he vuelto a encargarme, provisionalmente, de la Administración del Vicariato de Carolinas”<sup>28</sup>.

Sobre lo vivido en la guerra, contó a Olano que la situación había ido progresivamente empeorando tanto en lo económico como en la hostilidad del ambiente hasta imposibilitarse la comunicación con la misión desde Tokio. En septiembre de 1944 decidieron la evacuación de la capital después de que el P. Herreros hubiera salido ya a Karuizawa en abril. Sobre los misioneros decía: “es ya cierta la muerte violenta de nuestros misioneros de Palaos, Yap y Rota”. Sobre el futuro de la misión, “aún no puede conjeturarse cuál será”.

En la segunda mitad de 1946 comenzaron a concretarse los cambios que afectarían de modo estable a la misión tras el final de la guerra. Paulatinamente, gran parte de los soldados destacados en las islas fueron retirándose a la par que lo hacían los japoneses que no aún no habían dejado las posiciones. A ello se unió la determinación de las diferentes jerarquías eclesíásticas por adaptar el gobierno de la misión al nuevo dominio estadounidense. Así, el número de septiembre de *El Ángel de Carolinas* publicó que la Sagrada Congregación de Propaganda Fidei había adscrito el archipiélago de las Marianas, evangelizado

---

<sup>27</sup> Carta de Berganza a Olano, de 26 de diciembre de 1945, publicada en *El Ángel de Carolinas*, abril de 1946, p. 3-4.

<sup>28</sup> *Ibidem*.

por jesuitas españoles por primera vez y en tiempo parte del imperio español, al Vicariato Apostólico de Guam. Este Vicariato estaba bajo la jurisdicción de la Delegación Apostólica de los Estados Unidos. La publicación de la Procura de la misión por parte de los jesuitas de la Bética daba la noticia queriendo insistir en que la decisión “no hace más que retocar la primitiva organización (*sic*) que no cambia para nada de ambiente apostólico de aquella Misión heroica”. Así, tras la guerra, “jesuitas españoles y americanos seguirán ocupando un puesto de privilegio”<sup>29</sup>.

No era la única noticia importante referente a la misión entonces. Como ya había sido previsto por el P. Berganza, fue nombrado Administrador Apostólico de las Carolinas y Marshall el jesuita americano Vicente Kennally, que habría de convertirse igualmente en el nuevo Superior de la misión a imagen de su predecesor. Cesaba por tanto en el cargo el P. Berganza. Kennally llegó el 22 de agosto de 1946 a Sevilla procedente de Nueva York para entrevistarse con el provincial de Andalucía, Francisco Cuenca “sobre el estado de la Misión y envío de misioneros”. De la ciudad del Guadalquivir partió a Bériz donde era de suponer que se encontraría con las mercedarias misioneras que también trabajaban en la misión. Por otro lado, el P. Edwin Mc. Manus, jesuita americano, salió de Saipán el 20 de julio en dirección a Truk, con escala en Guam. A todo ello se añadía la licencia para que los jesuitas que habían estado en Tokio pudieran desplazarse a las islas. Lo habían tenido prohibido durante la guerra y eso había dificultado en mucho el gobierno de la misión, toda vez que el superior estaba en Tokio sin poder comunicarse con sus misioneros.

Según publicó más tarde *El Ángel*, en España Kennally había insistido:

“La Misión ha perdido una tercera parte de sus operarios y ha quedado casi deshecha; sin casas, sin iglesias, sin escuelas, etc., etc., y lo peor es que si al terminarse la guerra y aún antes los soldados y jefes americanos ayudaron mucho a los misioneros, ya no podemos contar con ese auxilio ni apenas con el de los católicos de Estados Unidos que tienen otras misiones que atender. Es preciso que los católicos españoles se esfuercen por ayudarnos, como lo han venido haciendo antes de la guerra”<sup>30</sup>.

Las frecuentes cartas del P. Tardío desde Saipán completan bien el dibujo de la realidad. La escrita el 19 de julio de 1946 explicaba las dificultades para la

<sup>29</sup> “Las Marianas pasan a dependen de Guam. Nuevo Admor. Ap. de Carolinas y Marshall” (EAC IX 1946, 1).

<sup>30</sup> “El día misional” (EAC X 1946, 4).

comunicación desde Saipán con Japón, de donde le devolvían las cartas que enviaba, y con las islas como las de Truk y Ponapé. Las facilidades para Saipán estaban sólo en la comunicación con América, con Europa y con Guam. Hasta entonces estas carencias se habían salvado mediante un correo informal que hacían los capellanes católicos del ejército estadounidense que enviaban las cartas “como cosa suya”. Pero incluso este sistema comenzaba a fallar. A ello se añadía que “de los diez o más capellanes de Navy que había, desde hace unos meses sólo queda uno”<sup>31</sup>.

Tardío se confesaba entonces incapaz de atender a los “4.500 católicos” de Saipán en solitario. Había recibido carta del superior desde Nueva York en la que informaba que había hablado con el obispo de Guam, con el delegado Apostólico de América e incluso con el provincial “y parece muy probable que Rota y Saipán queden definitivamente para América”. Esperaba que se formara un vicariato con todas las Marianas cuyo obispo había de ser el de Guam, capuchino. En cuanto a él, permanecería en Saipán hasta que quien le sucediera se hiciera cargo y aprendiera a “hablar y confesar en chamorro”. “Los demás marcharán a Carolinas y Marshall”. El nuevo superior pensaba residir en Ponapé. Además, Tardío esperaba que llegase pronto el P. Edwin Mc Manus que pasaría un tiempo en su isla antes de llegar a Truk. Sus últimas líneas de aquella carta eran para las mercedarias. La Madre General había vuelto a España “por no conseguir llegar a las islas”, mientras que la Superiora “de aquí”, Mercedes González, “murió en Bogotá asistida de sus dos hijos jesuitas, ya sacerdotes, allí residentes. Tanto la M. Superiora como la M. Pía siguen en Cansas todavía”.

Sobre el nuevo superior, “habla(ba) el español bastante bien, pero no para hablar en público, sino en privado”. Tardío lo definía como “entusiasta” y contaba que se había afanado en estudiar el modo de confesar para poder iniciar confesiones en chamorro. “Mientras estuvo aquí aumentaron mucho las comuniones; desde que se marchó disminuyeron de nuevo, pues yo no puedo confesar tanto como antes”<sup>32</sup>.

Rota y Tinián pasarían a integrarse en el vicariato de Guam. A Saipán y a Rota iban a destinarse frailes capuchinos americanos que atenderían también Tinián, si en ella quedaran chamorros, como ya ocurría en Rota. Cuando el P. Tardío informó de ello fue contundente: “nos resta poco tiempo que estar en Saipán, sólo el suficiente para que los nuevos misioneros aprendan el chamorro”<sup>33</sup>.

En el primer número de *El Ángel de Carolinas* de 1947 la Procura de la misión en Sevilla se afanó en aclarar que el encargo de la misión seguía siendo

31 Carta del P. Tardío de 19 de julio de 1946 (EAC IX 1946, 2).

32 Carta del P. Tardío de 11 de julio de 1946 (EAC IX 1946, 3).

33 “Noticias de la misión” (EAC IX 1946, 3).

de la provincia de Andalucía. Lo hacía “para evitar confusiones, originadas en gran parte por haberse publicado en alguna revista misional y en cierta hoja también misional”. Más difícil de sostener era la propia explicación: “Lo que ha sucedido es que tanto Roma como Estados Unidos vieron la conveniencia de que, al cambiar de dueño el territorio de la Misión, fuesen americanos los superiores de ella, para facilitar la comunicación e inteligencia mutua con las nuevas autoridades y fuerzas de ocupación de la isla”<sup>34</sup>.

Primero fue el P. Kennally nombrado superior de la misión y posteriormente Administrador Apostólico. Después se añadió el P. Mc. Manus “pero uno y otro bajo la dirección del R.P. Provincial de Andalucía”. Con todo, después de que éste regresara de Roma donde estuvo en la elección del nuevo general, manifestó que “se estaba estudiando si la misión de Carolinas ha de pasar a los P. Americanos”. En ese caso, a la provincia Bética se le asignaría otra misión.

El 15 de septiembre de 1946, la Congregación General de la Compañía de Jesús eligió en Roma al 27º Preósito General en la persona del P. Juan Bautista Janssens, hasta entonces provincial de la Bélgica Superior. El nuevo general había nacido en Malinas el 22 de diciembre de 1889 y era políglota<sup>35</sup>.

Una vez elegido el nuevo general, el procurador de la misión en Sevilla, P. Martín Palma, envió un ejemplar dedicado del libro *Héroes*, que trataba sobre la misión y que acababa de editarse. El P. Janssens acusó recibo agradecido y envió su bendición, pero sin ninguna palabra que comprometiese a los misioneros de la Bética en el futuro del encargo que hasta entonces habían tenido encomendado<sup>36</sup>.

Una de las claves fundamentales para la situación en que hubiera de quedar la misión tras la guerra estaba en el papel internacional que España pudiera jugar después del conflicto y cómo ello pudiera afectar a la ordenación de la labor. Este problema apareció veladamente en unas letras del P. Quirino escritas el 17 de septiembre de 1946. En ella, el padre se congratulaba de que hubiesen comenzado a recibir cartas directamente desde España, pero se dolía de las escasas posibilidades de seguir narrando lo vivido en Ponapé debido a que la carta más pequeña en peso costaba 30 céntimos de dólar enviarla y “ni tenemos dinero, ni posibilidad de conseguirlo”. La preocupación central era, sin embargo, más amplia: “Los cristianos siguen fervorosos, y yo estoy contento con ellos; pero son tantas las dificultades, que temo puedan sucumbir, si Dios no

34 “La misión de Carolinas es de Andalucía. Año nuevo, ¿vida nueva?” (EAC I 1947, 8).

35 *El Ángel de Carolinas* le dedicó la primera plana del número de octubre de 1946. En las anotaciones de las galeradas que conservaba Manuel Fal Conde se anotó que el P. Palma había querido para aquella edición de 2000 ejemplares un mejor papel debido al nombramiento del nuevo general.

36 “Carta del M. R. P. General al P. Procurador” (EAC XII 1946, 2).

los ampara. Yo sigo indiferente, para todo; ya me he convencido de que en este mundo no tengo mucho que esperar de los hombres”<sup>37</sup>.

El fragmento sirvió para que la Procura insertarse la siguiente nota aclaratoria:

“Por otras cartas, sabemos que las autoridades militares exigen a nuestros misioneros ciertas condiciones de higiene para la salubridad de sus casas o chozas donde habitan, para las escuelas y catequesis, etc., que ellos no pueden tener por ahora por falta de medios. Por otra parte, parece que las autoridades del archipiélago de Truk han manifestado que los misioneros españoles no podrán permanecer mucho tiempo en las islas, por no pertenecer España a la O.N.U. Todo esto agrava su situación. Pidamos mucho por ellos, para que el protestantismo y el comunismo no hagan daño en la misión”.

En octubre de 1946, el P. Hernández elogió la figura del P. Mc. Manus precisamente por sus gestiones en estos asuntos delicados: “hace un papel importantísimo y nos ha sacado de mil apuros; y sobre todo de mucho interés para el trato con ciertos personajes... Ya verá V. R. si llega a ir a Ponapé los nubarrones que han pasado por allí, que en todas partes cuecen habas. Perdone esta espontaneidad”<sup>38</sup>.

## EL FINAL DE LA GUERRA Y LA SITUACIÓN DE LA MISIÓN

Antes de acabar la guerra, *El Ángel de Carolinas* sintetizó la realidad del dominio japonés sobre la misión en los siguientes términos:

“... Tales son nuestros misioneros que trabajan unos en Tokio y otros en las islas Marianas y Carolinas, sometidos siempre a las Autoridades niponas (...) sin embargo, desde que estalló la guerra y aún antes, han vivido vigilados por la policía japonesa, han sido privados de sus casas, iglesias y colegios, teniendo que alojarse en el interior de las Islas en míseras viviendas; se les ha prohibido trabajar con sus cristiandades, decir Misa públicamente y aún administrar los últimos Sacramentos a los moribundos; algunos mi-

---

37 “Otra carta de Ponapé. Serias dificultades”, Carta del P. Quirino de 17 de septiembre de 1946 (EAC XII 1946, 3).

38 Carta del P. Hernández de 28 de octubre de 1946 (EAC I 1947, 2).

sioneros han sido presos o reclusos en su domicilio, por motivos fútiles o sospechas injustificadas”<sup>39</sup>.

El 14 de agosto de 1945 Japón se rindió una vez comprobados los devastadores efectos de las bombas atómicas que los estadounidenses lanzaron sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. La rendición, sin embargo, no comportó la entrega inmediata de las islas en las que se encontraban los misioneros. Algo que todavía se haría de esperar habida cuenta de las enormes distancias entre las islas y de las dificultades de desplazamiento.

## TOKIO

A partir de una carta del P. Cermeño se pudo saber cómo se encontraban los misioneros que estaban en la Casa Procura de la misión en Tokio al comienzo del conflicto. Allí vivía desde hacía cinco años el superior de la misión, el P. Higinio Berganza, que se comunicaba con los misioneros en las islas para las distintas gestiones en tiempos de paz<sup>40</sup>. Durante la guerra, la comunicación entre la Procura de Tokio y los misioneros en las islas había quedado rota. De entre todos los datos, destacaba que el P. Berganza, ante la imposibilidad de regresar a la misión, se había marchado en agosto de 1944 a un colegio de religiosas españolas –“Esclavas o Adoratrices”– para trabajar. De esta forma, en la Casa Procura quedó al cuidado el H. Juan de la Cruz Ariceta, que hubo de abandonarla al comenzar los bombardeos<sup>41</sup>. Las Misioneras Mercedarias que estaban en Tokio resultaron ilesas y su casa no fue destruida<sup>42</sup>.

Una vez acabada la guerra tras la rendición del verano, el 21 de septiembre de 1945 el primer ministro japonés Naruhiko Higashi-Kuni invitó a los misioneros extranjeros que estaban en Tokio a una audiencia en su residencia oficial. En ella se excusó de las “molestias y desagradables experiencias” que habían sufrido durante la guerra y expresó su confianza en que permanecieran en el país apoyando la reconstrucción<sup>43</sup>.

Ya en mayo de 1946 el P. Tardío insistió en que los japoneses habían pedido que no se marcharan los misioneros. De hecho, contó que en el mes de marzo, Berganza había ido a cerrar la Procura de Tokio y las autoridades le pidieron que no se llevase a los misioneros. Consintió en dejar allí al P. Herreros y al

39 “La Guerra y la Misión” (EAC V 1945, 2).

40 Chiaki J. WATANABE, “Los jesuitas españoles en el Imperio Japonés (1916-1945)” en José Ramón RODRÍGUEZ LAGO y Natalia NÚÑEZ BARGUEÑO (ed.), *Más allá de los nacionalcatolicismos. Redes Transnacionales de los catolicismos hispánicos*, Madrid: Sílex Universidad, 2021, p. 351.

41 “Noticias de nuestros Misioneros de Tokio” (EAC V 1945, 2).

42 Carta de la M. Mercedes González publicada en *El Ángel de Carolinas*, diciembre de 1945, p. 3.

43 “Los misioneros tiene gran labor” (EAC X 1945, 2).

H. Ocina; pero dispuso que el resto marchasen a las islas cuando les dieran permiso<sup>44</sup>. Fue el 23 de septiembre de 1946 cuando llegaron a Saipán los misioneros Ariceta, Bizcarra y Berganza, que se disponían a esperar allí el regreso de España del P. Kennally, nombrado para entonces nuevo superior, para que les indicase destino<sup>45</sup>.

## SAIPÁN

Como ya se ha indicado, Saipán se destacó en la misión por ser la que primero pasó a control estadounidense y desde donde se emitieron las primeras y más frecuentes informaciones sobre la misión. Gracias a ello pudo establecerse una comunicación más eficaz que la que podía sostenerse con la Procura de Tokio. Acabada la guerra, a Saipán fueron trasladados “todos los nativos de las islas del Norte y de otras”. Aumentó por ello la carga de trabajo del P. Tardío debido no sólo al aumento de fieles sino también a los “atrasos”. Es decir, debido a las prohibiciones durante el dominio japonés, acabada la guerra hubieron de celebrarse ritos pospuestos, como los matrimonios: “otros años han sido de 25 a 30, pasan ya este año de 80”. En aquella situación, al P. Tardío comenzaron a preguntarle los oficiales americanos que cuándo se marchaban, “pues parece que pronto vendrán P. Americanos”. Sin embargo, habiendo pasado pocos meses de la rendición de Japón, no había todavía orden en ese sentido de los superiores<sup>46</sup>.

Tardío había pedido permiso para ir a la cercana isla de Rota, pero no se lo concedieron. Allí, durante la guerra, había muerto el P. Pons a causa de una terrible enfermedad tropical y después fue asesinado por los japoneses el H. Timoner<sup>47</sup>. Entendió al tiempo que había de deberse a que en aquella isla se había desatado una epidemia que dejaba ya un centenar de muertos, según consiguió informarse más tarde. Debido a que los soldados americanos les daban la comida, contaban con pocos gastos. Por otro lado, había “más limosnas que al darlas hacen constar que son para la misión de Saipán, no para otras islas”.

“Los católicos de Chalancanoa (hoy Chalan Kanoa) actualmente pasan de 4.200. Viven todos los japoneses católicos que estaban en las islas de Magos, Sasamoto y Ono con sus respectivas familias. Dicen los oficiales americanos que en adelante reunirán en Guam y Saipán a todos los

---

44 Carta del P. Tardío de 24 de mayo de 1946 (EAC IX 1946, 4).

45 “Noticias de la misión” (EAC X 1946, 3).

46 “Cartas de Saipán” (EAC II 1946, 2).

47 “El H. Timoner, misionero de Rota (Marianas) murió a manos de los japoneses” (EAC XI 1945,1).

chamorros; así prescindirán de Rota y demás islas del Norte. Veremos lo que al fin hacen”<sup>48</sup>.

El H. Oroquieta escribió desde Saipán el 15 de noviembre de 1945 en respuesta a una carta del P. Gumucio. Destacaron en sus letras el agradecimiento por el envío de algunos libros y de noticias de España. Lo que le movió a escribir que tanto él como las misioneras habían gozado “viendo lo bien que está ahora España; que algunos por aquí no dicen bien de Franco, pero sin concretar nada”. En las noticias que le enviaba, contaba Oroquieta la destrucción de la iglesia y las casas de Tapanag, que en Garapán sólo había quedado el campanario y algunas casas y el testimonio de la muerte del H. Timoner: “Dicen que a él y a los chamorros, sus compañeros de prisión los torturaron mucho antes de matarlos; los cuales tenían de espías lo que el bendito Hermano”. Al total de ocho asesinados por los japoneses se habían unido unas cien víctimas más a causa de enfermedades y falta de alimento e higiene. Oroquieta escribía desde Chalancanoa, donde la iglesia estaba instalada en lo que había sido tienda. Con todo, las letras finales daban pie a la consolación: “nos está pasando como a Job: primero lo perdimos todo y después Dios nos lo va dando con creces, por medio de estos espléndidos americanos”<sup>49</sup>.

Oroquieta también recogió rumores sobre la salida de los jesuitas españoles de la misión: “se dice que nos marcharemos de aquí”. Aunque afirmó que no le preocupaba la cuestión; dio cuenta de la dimisión del capuchino español que ejercía como obispo de Guam, Monseñor Olano, y su sustitución por un Vicario Apostólico americano (como indicamos, Apollinarius Baumgartner)

Llama la atención que en *El Ángel* de febrero de 1946 se publicara también una carta dirigida al P. José María Gumucio por el “cabecillo” de Tapanag, Peter Lifoifoi y Chamacho. Escribía contando algunos datos referidos a personas concretas y también que los americanos proyectaban trasladar a Saipán a todos los chamorros de todas las Carolinas y las Marshall, de forma que sólo quedasen habitadas Guam y Saipán. “Saipán está enteramente cambiadísimo por los americanos, mejorando todo muchísimo”. Al final de la transcripción se añadía una postdata de Tardío para informar que Lifoifoi había sido “nombrado por votación del pueblo” y que el alcalde de Chalancanoa era entonces Elías Sablaú. “Todos los cargos son por votación”<sup>50</sup>. A mitad de enero de 1946, el P. Tardío contaba que la marcha de muchos soldados y capellanes a América había supuesto un alivio importante en la carga de trabajo<sup>51</sup>.

48 “Cartas de Saipán” (EAC II 1946, 2).

49 Carta del H. Oroquieta al P. Gumucio de 15 de noviembre de 1945 (EAC II 1946, 3).

50 EAC II 1946, 3-4.

51 Carta del P. Tardío a su familia de 18 de enero de 1946 (EAC III 1946, 4).

De mayo de 1946 era una carta del P. Tardío a un joven con vocación jesuítica que fue publicada por *El Ángel de Carolinas*. En ella contaba que a sus 53 años cumplidos no se bastaba solo para atender una cristiandad como la de Saipán, con más de 4.000 católicos, a la que habían traído los americanos muchos chamorros que estaban dispersos por las otras islas y que estaban sometidos por los nipones casi a esclavitud. Tardío contaba cómo les había mejorado la vida con la llegada de los nuevos dominadores: “tenemos de todo, como nunca: radio en casa, frigorífica...”. El propio Tardío había sido muy bien atendido por los médicos americanos, como uno que le “tomó cariño a pesar de ser judío” del dispensario de Chalancanoa. Con todo, Tardío advertía al junior que “tal vez el entusiasmo por esta Misión tengan que cambiarlo por otra”<sup>52</sup>.

La reconstrucción de la iglesia, según informó el H. Oroquieta en el verano de 1946, “parece queda en agua de borrajas por ahora”, dado que “el Gobierno no ayuda por ahora como parece que indicaron” y tampoco el pueblo parecía entusiasmado con la idea de hacerla de madera, dado que tendría una duración limitada<sup>53</sup>.

## PONAPÉ

En noviembre de 1945 el P. Quirino confirmó que “el Gobierno nos concede la enseñanza de todos los niños de Ponapé, católicos y protestantes”. Para ello consideraba necesario un internado, que no era posible sin contar con más efectivos dado que esperaba una cifra de alumnos superior a los cuatrocientos entre niños y niñas. La carta publicada en *El Ángel* no daba detalle de las causas que habían movido a Quirino a aceptar la propuesta. Lo que sí detallaba es que se precisaba un hermano para “formar y dirigir una granja agrícola”, “otro que entienda de mecánica” y al menos dos padres, uno de ellos que dominase el inglés para enseñarlo y otro que “sepa algo” para poder sustituir al P. Gregorio. También exponía la necesidad de un hermano carpintero que pudiera participar en la reconstrucción de la misión además de enseñar el oficio; “si en vez de uno son dos, mejor”. Todo ello, además, urgente<sup>54</sup>.

No parecía fácil poder atender con urgencia tales demandas. Quizás por eso se incorporaron a la revista anuncios para captar donativos para la dotación de becas, por valor de 25.000 pesetas o de 50.000 si se trataba de una perpetua, que permitieran la formación de nuevos misioneros para cubrir las bajas de la guerra<sup>55</sup>. La urgencia se agravaba porque se retrasaba la aportación que hacía a Carolinas la institución de Obras Misionales Pontificias, por eso era preciso

52 Carta del P. Tardío de 24 de mayo de 1946 (EAC IX 1946, 4).

53 Carta del H. Oroquieta de 10 de julio de 1946 (EAC IX 1946, 2-3).

54 Carta del P. Quirino (EAC I 1946, 2).

55 EAC I 1946, 3. Igual en el número de febrero de 1946, 7.

que “los católicos andaluces y todos los bienhechores de Carolinas” se dieran prisa en sostener a unos misioneros situados ante el reto de la reconstrucción, muy mermados por la guerra y sostenidos materialmente por el ejército de los Estados Unidos. No puede dudarse de la intención de los jesuitas andaluces de continuar adelante con su misión<sup>56</sup>.

En las informaciones que el P. Quirino Fernández envió al superior provincial explicó los trabajos que habían de atender en favor de las cristiandades y para reconstruir los edificios. Además, atendía, “cuatro fincas, de las que una tiene unas 100 hectáreas; tenemos que sembrar y plantar, pues ni hay comercio, ni viene nada de afuera”. Todo eso no podía hacerse con el personal que contaba la misión, que era escaso, de edad avanzada y con varios enfermos<sup>57</sup>.

## LAS VISITAS DE BERGANZA Y MC MANUS

Acabada la guerra, los superiores fueron a conocer de primera mano la situación en que habían quedado las presencias de los jesuitas en cada uno de los territorios. Así, Berganza primero, y Mc Manus después, fueron a visitar los territorios para conocer la realidad en que se encontraban las misiones.

El 25 de noviembre de 1945 llegó a Saipán el P. Berganza, para visitar a los misioneros como no había podido hacer desde 1939. Los japoneses no se lo habían permitido. Las nuevas autoridades, sí. Lo hicieron antes de que pudiese volar la población civil. La autorización fue dada por el almirante Nimitz. La primera noticia en llegar a Sevilla fue mediante carta del P. Tardío de 21 de diciembre de 1945. Por entonces se conocía que Berganza había vuelto a ser nombrado Administrador Apostólico de Carolinas<sup>58</sup>.

## SAIPÁN

La primera carta del P. Berganza al provincial de Sevilla se firmó en Saipán el 12 de diciembre de 1945. En ella contaba que había viajado en avión desde Japón a Guam durante siete horas y media y luego en un breve vuelo de media hora desde esta isla a Saipán. Lo hizo con medios militares de los Estados Unidos, dado que no estaban permitidos aún los vuelos civiles:

“Militar era, por tanto el avión en que vine, militar el hotel en que durante tres días me hospedé en Yokusuka y Kiro-

<sup>56</sup> Un anuncio en este sentido puede verse en EAC II 1946, 4.

<sup>57</sup> Carta del P. Quirino Fernández de 15 de julio de 1946 (EAC IX 1946, 5). Por la fecha, es llamativo que concluyese indicando: “Esperamos en Dios que no ha de tardar en firmarse la paz y con ella se restablecerán las comunicaciones con España y América”.

<sup>58</sup> Carta del P. Tardío a sus familiares (EAC II 1946, 7).

mazu, antes de embarcar y los militares cuidaron de mí y me colmaron de atenciones durante todo el viaje, hasta dejarme en nuestra actual residencia de Saipán; y todo ello con una naturalidad como quien ni se da cuenta del bien que está haciendo y, por añadidura, sin cobrarme un céntimo”<sup>59</sup>.

El superior tenía un permiso temporal de treinta días para su visita, pero estaba negociando que la licencia pudiese ser ampliada. Una de las primeras cuestiones que abordaba era la constatación de que había autoridades subalternas que estaban tratando de que los jesuitas españoles fueran sustituidos por americanos. Era una cuestión que atañía, ante todo, a la Santa Sede. Sin embargo, Berganza era al respecto bastante realista: “...Aún cuando dicha idea no se abriese camino, tal vez nosotros mismos, por el bien de la Misión, tendremos que solicitar algún auxilio personal de nuestros P. Americanos, que nos podrán ayudar a mejor orientar nuestro apostolado en la nueva situación y a mantener relaciones estrechas con las autoridades”.

Berganza transmitía la urgencia que apreciaba de que llegasen nuevos misioneros para “atender tantas cristiandades abandonadas”. Estimaba que habrían de ser al menos diez padres y nueve hermanos, que tendrían que adquirir en primer lugar el dominio de la lengua y también era “absolutamente necesario que aprendan el inglés”. Con estos misioneros había que proveer Rota, Yap, Palaos y Marshall enteramente. Además, según informaba Berganza, “de los misioneros que han sobrevivido en Saipán y Ponapé no se puede ya, en general, exigir mucho”. Algunos eran mayores, otros estaban enfermos y casi todos habían quedado muy afectados por la guerra. Los que vinieran, Berganza los concebía como hombres de recursos dispuestos a hacer de todo. A ello debían añadir una probada virtud, dado que “han de quedar y andar con frecuencia «solos y entre gente *non sancta*»”. Ya al final de aquellas letras, casi de pasada, el P. Berganza comunicaba que la Santa Sede le había vuelto a nombrar Administrador Apostólico por haber sido asesinado monseñor Toda el 17 de agosto “por haber reclamado unas iglesias que los militares tenían ocupadas”.

## TRUK

El 11 de enero partió Berganza hacia Truk<sup>60</sup>. Llegó a Moen después de un viaje de cinco horas en hidroavión. Desde allí escribió a Tardío, en Saipán. Una vez en Truk, desde la oficina del comandante llamaron al P. Faustino Hernández,

<sup>59</sup> “Carta del R. P. Berganza al R. P. Provincial de Andalucía” (EAC III 1946, 1-2).

<sup>60</sup> Carta del P. Tardío a su familia de 18 de enero de 1946 (EAC III 1946, 4).

que fue a recogerlo en automóvil para conducirlo a “la tienda de campaña donde vive el P. con el H. Santana”. En Truk, los estadounidenses sólo ocupaban la isla antes llamada Wola, “que ahora se llama Moen”<sup>61</sup>.

El P. Espinal y el H. Martín estaban aún en Udot, dado que en Mortlock no había todavía “medios de vida” y la comunicación continuaba siendo difícil. Por el contrario, tanto el P. Batle como el H. Espuny habían vuelto a Fefén de Truk, donde casi todo estaba destruido. En apreciación de Berganza dirigida a Tardío: “Todos están bien, pero muy desmejorados; peor que ustedes los de Saipán”; sobre todo el P. Hernández, que hasta hacía pocos días había estado haciendo de capellán de los soldados hasta que llegó uno procedente de Guam.

Aunque los jesuitas en Moen vivían en tiendas de campaña, para las comidas acudían al comedor de los oficiales. Los de Fefén y Udot, sin embargo, habían recibido víveres y comían en sus casas dado que en aquellas islas no vivían soldados. En general, todos estaban faltos de ropa. Las casas e iglesias estaban destruidas.

Al narrar su viaje, el P. Berganza destacó “la misma benevolencia y atenciones” por parte de los americanos. El día que llegó estaba sólo el padre, dado que Santana había acudido a Fefén a visitar al P. Batle y al H. Espuny. En Udot permanecían el P. Espinal y el H. Martín a la espera de su vuelta a Mortlock, “que se retardará, yo creo, unos meses” dado que había quedado arrasada durante la guerra y los misioneros habían tenido que abandonarla.

“...El padre Hernández está desconocido, muy flaco y avejado; hasta hace poco más de una semana ha estado haciendo de capellán militar para los soldados católicos mientras llegaba el titular. Por este motivo y por no tener otra casa donde se alojasen, aceptaron una tienda como la de ellos que los militares les ofrecieron, y en ella estamos viviendo todavía”<sup>62</sup>.

De los americanos no sólo provenía el alojamiento, sino también el ajuar y, en buena medida, la ropa y el calzado. También la comida, que la hacían los misioneros gratuitamente en el comedor de los soldados. “No pueden tener con nosotros mayores deferencias ni usar de más generosidad”. Entre ellos había “bastantes que hablan español” y los misioneros comenzaban a entenderse con el inglés. Consideraba que entre los soldados y la oficialidad contaban con

61 “Carta del R. P. Berganza al p. Tardío” (EAC III 1946, 2).

62 “Una visita a la misión. Cartas del Ilmo. P. Berganza” (EAC V 1946, 1-6). La primera de las cartas es de 26 de enero de 1946. La segunda de 13 de noviembre del mismo año. Esa es la fecha que aparece en la edición, a pesar de ser ésta de mayo de 1946. Aunque la tipografía en la hoja mensual es claramente 13-11-46, parece lógico suponer que la original fuese 13-II-46.

“buenos amigos”, de los que unos “cuatro o cinco” asistían habitualmente a misa y comulgaban; incluso paseaban alguna vez con los misioneros. Uno de ellos era quien llevaba en su jeep al padre a decir la misa los domingos a la capilla a la que asistían los indígenas. Dado que para entonces había cesado ya el encargo de capellán militar, estaba buscándose la forma de trasladarse de modo estable más cerca de los indígenas. Tanto la iglesia como la capilla la iban a levantar los militares. Esperaban también poder comprar pronto por su propia cuenta ya que “dinero, por el momento, hay suficiente, pues los japoneses, al fin, algo indemnizaron los destrozos que nos hicieron, y las autoridades americanas se han encargado de hacer el cambio de yenes en dólares”.

En Fefén, donde estaban instalados el P. Batle y el H. Espuny, Berganza fue a visitarlos y pasó con ellos cuatro días. De Batle decía que estaba “aviejado”, habiendo desmejorado bastante. Tenía peor aspecto que el hermano, pese a que este había sido operado de apendicitis y hernia por un médico japonés y, después de eso, se había aquejado de reúma.

El estado de los edificios “es para hacer llorar”. La residencia estaba prácticamente destruida, la iglesia despojada de su tejado y del retablo que había construido el H. Gogénola. El colegio de las monjas también estaba afectado y había perdido su piso superior y se había levantado el dormitorio de las colegialas. Por todo ello había recibido una indemnización, que quizás no llegara a cubrir “ni la quinta parte de los destrozos”.

En cuanto a la vida religiosa, se había reanudado la asistencia al rosario diario y a la misa. También se habían reanudado las clases de catecismo y de inglés que impartía el padre a un grupo de niños. Los misioneros vivían en una “casita de una sola pieza junto a la iglesia” que habían construido los japoneses.

En Udot (Truk) estaban el P. Espinal y el P. Martín, misioneros destinados en Mortlock, adonde no habían podido regresar aún. Con ellos, “con gran pena”, solo había podido estar un día. Estaban todavía en la choza en que vivieron los seis de este grupo hasta la llegada de los americanos, cuando los visitó Berganza. Al día siguiente se trasladaban a la casa del que fue maestro japonés de la isla y tomaron la que había sido escuela por capilla, que así se lo autorizó el sámol (jefe de la isla). Eran edificaciones con techo y paredes de hoja de palma. El P. Espinal estaba animoso y deseando volver a Mortlock.

Al decir de Berganza, la mayor parte de los habitantes de Udot eran católicos e incluso “entre los protestantes parece que hay movimientos hacia nosotros”. El jefe de isla era católico y había pedido expresamente que permaneciera en la isla el P. Espinal. “Tienen fama de ser los mejores de Truk” y ello a pesar –decía Berganza– de que había habido un colegio protestante para niñas en la isla. De los hermanos, el H. Martín estaba “ya muy gastado” y el H. Santana tampoco estaba muy fuerte, a pesar de ser más joven.

Sobre la experiencia vivida por los misioneros de Truk, el P. Berganza contó algunos detalles del cautiverio que resulta llamativo encontrar en una publicación como *El Ángel de Carolinas*. Al principio, destinaron al P. Hernández y al H. Casasayas y luego al P. Batle y al H. Espuny a una celda de presos comunes: “contigua a la de los hombres estaba la celda de las mujeres, separada sólo por unas tablas, y entre ellas había algunas de las casas públicas que hablaban con sus vecinos de lo que se deja entender”. Como nota cómica del cautiverio, todos los días sacaban a los detenidos a hacer gimnasia a un patio. El ejercicio físico no era el fuerte de ninguno de ellos dado que “ni entendían las voces de mando ni tienen ya los miembros flexibles para tales movimientos, eran el hazmerreir de todos, aún de algunos indígenas que desde algún sitio más alto podían ver el patio”. Transcurrido algún tiempo consiguieron que los cambiasen de celda, usar petates para dormir en el suelo y colocar mosquiteras en las ventanas. La situación mejoró bastante. La comida se la sirvió siempre el H. Santana, que no fue encarcelado. A los dos meses liberaron al P. Batle y al H. Espuny. Poco después también liberaron a Casasayas, pero retuvieron al P. Hernández. Este último estaba gravemente enfermo, por eso lo enviaron a casa con la advertencia de que su cautiverio no había terminado. Finalmente, volvieron a encerrarle por espacio de una semana. En total hubo de estar en la cárcel unos cuatro meses.

Las acusaciones que se efectuaron para estos encarcelamientos fueron diferentes. Al P. Hernández le acusaron de haber enviado informes a Shanghái. En realidad, se trataba de unos informes sobre mediciones barométricas que eran enviadas cada seis meses desde hacía tiempo. En cuanto a Batle, Casasayas y Espuny, se les acusó de hacer fuego a deshoras de la noche, una hora “en que estaban siempre acostados”<sup>63</sup>.

Terminados los periodos de prisión, construyeron para todos ellos una casa en Toloas. Poco después llevaron también allí a los de Mortlock. Hecho este traslado, las hermanas permanecieron por poco tiempo en Toloas, hasta que se trasladaron a Ponapé. “No tardaron en imitarle el H. Arizaleta y el H. Casasayas”. La casa donde quedaron confinados estaba en la colina de una montaña que contaba con varios cañones. Era, por tanto, un sitio muy peligroso al ser objetivo de los bombardeos americanos. Por eso, en primer lugar, se construyeron una choza distinta con ayuda de los indígenas. Finalmente, se trasladaron a Udot donde pasaron algo más del último año de la guerra. En esta etapa, hubieron de buscarse por sí mismos la alimentación: plátanos, papayas, calabazas, boniatos, tapiocas... que paliaron un hambre que no terminaron de resolver. Padecieron allí de disentería, lombrices... A ellos se unieron un misionero suizo procedente de la isla de Nauru y muchos de los nativos de allí que fueron traídos a Truk desterrados por los japoneses.

---

<sup>63</sup> Las autoridades japonesas habían prohibido de forma tajante hacer fuego por la noche, con la intención clara de que no pudieran ser reveladas las posiciones habitadas en las islas. “Diario interesante del P. Batle, misionero de Fefén” (EAC VII/VIII 1946, 4-5).

Todas las casas de Truk y Mortlock habían quedado destruidas así como las pertenencias de los misioneros que fueron pasto “del fuego, la humedad o la rapacidad”. De tan deplorable situación les habían salvado los “americanos con su desinterés, benevolencia y generosidad”. Con todo, si las ruinas materiales eran severas, más graves parecían a Berganza las morales. Habían sido varios años sin contacto entre los misioneros y los neófitos, todavía con poca formación cristiana. Se había producido entonces “un retroceso lastimoso a las costumbres y supersticiones paganas”. El trabajo de reconstrucción religiosa iba a ser muy duro para tres sacerdotes únicamente. Por eso Berganza esperaba que se pudiera contar con el apoyo de las religiosas mercedarias de Bériz dado que la tarea principal que consideraba que era menester iniciar era la de la tarea apostólica con los niños.

La primera de las cartas de Berganza desde su visita a la misión terminaba narrando sus planes de acudir a Ponapé y regresar desde allí a Saipán y, quizás, luego a Tokio. Por último, se refería a la desaparición de los misioneros de Yap y Palaos. De ellos se mantenía la tensión entre la versión de los indígenas que decían que les habían matado el 14 de septiembre de 1944 y la de los japoneses que decían haberlos embarcado el 5 de septiembre de 1944 en el “Nashin Maru” con destino a Davao. Berganza reflexionaba al respecto: “Imposible no es, pero pudiera ser también una salida para evadir toda responsabilidad con decir luego que tal barco no llegó a su destino por haber sido torpedeado”.

La información del final de la visita del P. Berganza no se obtuvo sino por medio de una carta de 13 de febrero de 1946. Para entonces acababa de tomar posesión de su cargo como superior de la misión el P. Vicente J. Kennally, de la provincia de Nueva York, que había sido misionero en Filipinas desde hacía 15 años. Berganza no había recibido entonces comunicación ni de sus superiores ni de Roma, por lo que continuaba actuando como Vicario Apostólico, suponiendo con acierto que ese cargo terminaría también por ejercerlo el P. Kennally.

## **PONAPÉ**

En Truk había terminado pasando unas dos semanas, donde estuvo finalmente acompañado del propio P. Kennally. De allí se dirigió en barco a Ponapé, a donde llegó para la fiesta de la Purificación. Pasaron allí una semana, sobre todo en Colonia, capital entonces de la isla. A Awak sólo fueron un día y a Tamoroi no fueron. La distribución de los misioneros de Ponapé era la siguiente:

Colonia	P. Quirino
	H. Gogénola
	H. Arizaleta
	H. Cobo.

Awuak	P. Lasquíbar
	H. Belinchón
Tamoroi	P. Gregorio
	H. Aguinaco

Como ya se sabía, el H. Hernández había muerto. El H. Casasayas y el H. Arizaleta que se habían trasladado de Truk a Ponapé como sitio más seguro, aprovechando el mismo barco en que se habían trasladado Berganza y Kennally se volvieron a Truk para poder dirigir allí las obras de reconstrucción de casas e iglesias.

En Colonia de Ponapé todo estaba igualmente destruido. Sólo se conservaban las paredes de las construcciones de piedra. Las imágenes y un retablo construido por Gogénola habían sido destruidos. Sin embargo, Awuak y Tamoroi habían sufrido menos.

En Ponapé habían experimentado también la carestía que en el resto y los misioneros habían tenido que procurarse el alimento por sí mismos. En lo que sí habían contado con una situación diferente era en el trato con los fieles, “que no había sido prohibido en absoluto”, aunque sí estuvo afectado por las circunstancias. “El gobernador les fue siempre muy bueno y favorable, y lo mismo el supremo comandante de las fuerzas”. Con todo, después de la llegada de los estadounidenses “todo va poco a poco resucitando”. Sin embargo, la ayuda de los soldados vencedores era menos pródiga en aquel archipiélago porque había “muy pocos” soldados establecidos allí. De donde sí habían recibido ayuda era de dos capellanes de las Marshall, que les habían enviado vino de misa y hostias, entre otras cosas.

El P. Quirino y el H. Cobo se encontraban bien. No era el caso del H. Gogénola, que estaba muy aquejado de “reúma”. La misma circunstancia advirtió en el H. Aguinaco, aunque por referencias dado que no pudo verlo personalmente. Berganza confesaba que esperaba encontrar peor al H. Arizaleta, que conservaba el buen humor que decía que siempre le había caracterizado, “aun en medio de sus achaques”. Era él quien había procurado el calzado de los demás. El P. Lasquibar “bien, pero como puede suponer, está acabado; al fin nadie puede quitarle sus setenta y cinco años largos”. Con él estaba el H. Belinchón, que “se encuentra fuerte”. Con el P. Gregorio Fernández apenas pudo hablar porque coincidieron poco tiempo en Ayak. Decía de él que había cambiado poco de aspecto desde que lo vio la última vez antes de la guerra: “vino a pie y descalzo ¡desde Tamoroi!, unas seis leguas, y descalzo se volvió a su misión”. El H. Casasayas había estado muy aquejado durante la guerra. Acabado el conflicto eran los médicos americanos los que se afanaban en identificar su dolencia. Con todo, Berganza era claro: “no creo que vuelva a ser el de antes”. Había sido el artífice de construcciones precarias para la iglesia y la residencia de los

misioneros: tejado y paredes de palmas, tablas viejas y restos. Las monjas, por su parte, vivían en una pequeña casa que les habían dejado los japoneses a la espera de que pudiera construirseles una mayor o cubrir la de paredes de piedra.

Para la reconstrucción, Berganza soñaba con hacer posible un colegio, que era una estructura clave para la “cristianización de un país”. Sin embargo, para ello era preciso contar con más misioneros y con más capacidad que el mermao equipo de los que habían quedado.

## MARSHALL

El día 10 de febrero de 1946 fueron en hidroavión a Eniwetok, la isla más occidental del archipiélago de Marshall, a donde tardaron tres horas en llegar. De allí fueron a Kuajalein, donde Berganza pudo encontrarse con algunos nativos. Era de destacar puesto que la isla, aunque habitada previamente, fue vaciada por los japoneses para establecer allí un aeródromo. Entre los habitantes pudo encontrar a seis católicos, “entre ellos se hallaba Peter, el jefe de Aililabalab, convertido muy sincero del protestantismo, a cuyo cargo quedó al fin la cristiandad de Jaluit”. Éste se mostró confiado en que Berganza permanecería en la isla y se quedó defraudado al saber que no era así. Aprovechó para conversar con el nuevo superior y le rogó que enviase algún padre a la isla. Allí permanecieron todo el día 11, atendidos por un capellán católico que les presentó al comandante de aquella área y que hablaba muy bien el español, “lo mismo que el jefe de Truk y el de Ponapé”.

## GUAM

Por la noche del día 11 partieron en aeroplano hacia Guam, a donde tardaron siete horas y media en llegar. Desde allí escribió la segunda de las cartas publicadas, hospedados en la tienda de unos capellanes católicos, en cuya capilla celebraron misa. Para comer tenían que desplazarse al comedor de la tropa.

En Guam visitaron a monseñor Baumgartner, nuevo vicario de Guam que había sustituido a monseñor Olano. La ciudad de Agaña estaba destruida, y con ella su catedral. El nuevo vicario vivía en una casita muy pobre, como la catedral que había podido habilitarse. Rota estaba muy cerca de Guam, así que desde aquí irían algunos padres para atender a los cristianos de Rota. Con Saipán había conexión de aeroplano todos los días.

De Tokio esperaba que pudieran ir a la misión el P. Bizcarra y el H. Ocina, que pretendía que se ocuparan de Yap. En Palaos actuaba, en la medida en la que se lo permitía el escaso conocimiento de la lengua y sus responsabilidades de capellán militar, el P. Corrigan, también jesuita. Se trataba del padre que se ocupaba de intentar averiguar sobre el final de los misioneros de Palaos y Yap.

En el H. Ariceta que “ya se las arregla en inglés”, pensaba para que fuese también a la misión a apoyar la reconstrucción; considerando establecer una nueva procura en Saipán o Honolulú.

Las últimas letras del P. Berganza después de visitar la misión estaban llenas de cariño y celo por aquella obra y de conciencia de que las circunstancias tras la guerra eran tan distintas que estaba en duda la continuidad de la tarea tal y como venía abordándose:

“...nuestro padres y hermanos no desearían tener que dejar la misión y esa parece que es, según me ha dicho el reverendo padre Kennally, la intención de nuestros superiores. V. R. lo sabrá quizás mejor. A ella hemos consagrado nuestras vidas, amamos a nuestros cristianos y no cristianos y estamos dispuestos a seguir trabajando por ellos en compañía y bajo la dirección de padres americanos. Creo que estas afirmaciones la suscribirían todos o casi todos nuestros misioneros. Por mi parte, no sé a dónde iré a parar cuando quede enteramente descargado. El aprendizaje de una nueva lengua no me asusta; creo que todavía puedo arremeter con ella, además del inglés, que en alguna medida es necesario. Aún no he recibido una letra de España, ni de América, ni de Roma después de la guerra. Yo ahí he escrito varias”<sup>64</sup>.

## EL VIAJE DEL P. MC MANUS

Casi un año después del viaje efectuado por Berganza, el 25 de enero de 1947 el P. Mc Manus firmó en Truk una carta-informe relatando sus experiencias durante el viaje por la misión que había efectuado. Se trataba un relato bastante optimista: “En casi todas las islas encontré católicos muy píos y devotos y siempre recibí una grande bienvenida”. Todo ello sin negar que “ciertamente hay católicos malos, amancebados, etc., como en todas partes, pero el fruto de las labores de los misioneros españoles es admirable y perdurable”<sup>65</sup>.

La primera isla que visitó fue la de Yap, donde habían trabajado los P. Bernardo de la Espriella y Luis Blanco y el H. Francisco Fernández. Mc Manus

<sup>64</sup> “Una visita a la misión. Cartas del Ilmo. P. Berganza” (EAC V 1946, 1-6). La primera de las cartas es de 25 de enero de 1946. La segunda está fechada, con evidente error, el 13 de noviembre del mismo año. Debemos suponer que se trata de 13-II-1946.

<sup>65</sup> “Viaje misionero del P. Mc Manus” (EAC III 1947, 1-2). También puede verse Francis X. HEZEL, *The Catholic Church in Micronesia. Historical essays on the Catholic Church in the Caroline-Marshall Islands*, Chicago, Loyola University Press, 1991, p. 226 y ss.

los consideraba mártires y atribuía a la santidad de estos “la devoción de estos indígenas”. Visitó las ruinas de lo que había sido iglesia un domingo de mañana y allí encontró a “unos doscientos indígenas” que no sabían de su viaje, pero que acudían allí cada domingo a rezar el rosario y otras oraciones. Celebró la misa, muchos no pudieron comulgar porque habían desayunado previamente y no había dado tiempo de que confesaran, pero luego estuvo el P. Mc Manus confesando hasta las nueve de la noche. Mc Manus no sabía la lengua de Yap, así que se valió de unas tarjetas en las que los indígenas contestaban a preguntas con una afirmación o una negación. Al día siguiente “una multitud innumerable” pudo comulgar al celebrar la misa. Después hubo bautismos, confirmaciones y “matrimonios muchísimos”. “Este único día recompensará cualquiera de las incomodidades de mi vida misionera”. Visitó muchos pueblos de Yap, en los que muchos paganos pedían el bautismo; pero no tenían ninguna noción sobre la fe y no había catecismos. Mc Manus resolvió designar un catequista en cada pueblo. En Gachaspar, la iglesia podía usarse, aunque no así la casa del misionero.

Una de las constantes del relato de Mc Manus fue la abundancia de comida con la que fue recibido en las diversas islas. No quería ser descortés, pero le costaba “comer un bocado de cada plato”. “Hay privaciones en mi viaje, pero no de comida; comí mejor que nunca”. En Yap también visitó una leprosería con 18 enfermos y celebró misa para ellos, llamándole mucho la atención la piedad de los enfermos, que incluso dijo que le había provocado lágrimas. Para su iglesia pidió a sus amigos de América un Vía Crucis.

Después de Yap fue a Palaos, donde habían trabajado los P. Marino de la Hoz y Elías Fernández y el H. Villar. También destacó de allí la piedad. Al igual que en Yap, los fieles acostumbraban a ir todos los días a la iglesia a rezar el rosario, aunque lo hacían con los dedos. Mc Manus pidió rosarios para poder distribuirlos. La rutina que siguió en los pueblos de Palaos era más o menos sistemática: llegaba a media mañana y atendía a enfermos y moribundos. Tras el almuerzo dedicaba la tarde a confesar con algunos interludios para bautismos y matrimonios. Tras la jornada, cenaba “otra comida, demasiado abundante para uno solo”. Por la noche, cuando lograba quedarse solo, se bañaba en el mar. Al amanecer destinaba un tiempo breve a confesar a quienes no había podido la tarde anterior y celebraba la misa. Tras el desayuno, marchaba al pueblo siguiente.

La última de sus visitas fue a Mortlock. Allí trabajaban el P. Martín Espinal y los HH. Arizaleta y Martín Contreras antes de la guerra. Fue una visita forzosamente muy breve porque iba en un barco del Gobierno con algunos oficiales que iban a inspeccionar; tanto que no podía celebrar misa. No le acompañó el P. Espinal a pesar de conocer la lengua. Se proponía un siguiente viaje a las islas de Truk.

Al final de su informe había dos consideraciones de importancia. La primera se refería a su imagen sobre la realidad de la misión: "...Cuando llegué a estas islas, hace seis meses, no esperaba tanta consolación. Creía que los carolinos eran paganos o católicos de poca formación. En verdad que los hay tales y no podemos llamar las islas muy católicas, pero hay muchos fervientes y todos aprecian mucho a los misioneros".

La siguiente iba dirigida al núcleo de la cuestión española en el sistema de relaciones internacionales después de la guerra:

"...He oído extraordinariamente que podrán venir más padres y hermanos españoles. El Gobierno de Washington ha cambiado su política, aunque todavía cree a la propaganda rusa: que Franco es un fascista, etcétera. Tal vez los ojos de Washington van a abrirse ahora, cuando ven todo lo que Rusia hace para perturbar la paz del mundo. Puede ser que pronto sepan claramente los propósitos de los comunistas. Tal vez el permiso para llegar aquí a más españoles sea el principio de una nueva política americana hacia España. Dios lo sabe".

## EL FINAL DEL ENCARGO DE LA MISIÓN A LOS JESUITAS ESPAÑOLES

El 13 de junio de 1947, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, el nuevo general de los Jesuitas P. Janssens firmó la comunicación a la provincia Bética de la Compañía de que habían de dejar su misión en las Carolinas y Marshall y sustituirla por la de Japón en unión de la provincia de Toledo. La misión de Carolinas pasó entonces, como era ya de esperar, a los padres jesuitas de Norteamérica<sup>66</sup>.

Como dato sobre el resultado de la labor estaba el número de católicos en la misión, que había pasado de 7.000 en 1921 a 22.000 en 1940. Sin embargo, el general quiso insistir en el mérito del esfuerzo más allá de que los resultados pudiesen ser exigüos. Recordó a los misioneros muertos durante la guerra y explicó tibiamente que el aislamiento internacional de España hacía imposible que jesuitas españoles se ocuparan de misionar un territorio controlado por los estadounidenses:

"...Sin embargo, habiendo surgido nuevas perturbaciones políticas, después de terminada la terrible guerra mundial, se vio impedida vuestra provincia de socorrer, como era de

<sup>66</sup> *El Ángel de Carolinas* llevó la noticia a su portada del número 150 de julio y agosto de 1947 y publicó la traducción de la carta en el número de septiembre-octubre, p. 2-3.

esperar, a su querida Misión. (...) en tales circunstancias, el R. P. Norberto de Boynes, Vicario General, para que aquella tan probada Misión no recibiese un gravísimo y tal vez irremediable daño, llamó en su auxilio a Misioneros de la provincia de Nueva York, quienes con gran caridad y obediencia acudieron en seguida. Pero como continuase el mismo estado de las cosas, convenía dar una solución definitiva. Por lo tanto, habiendo adscrito la Santa Sede al Vicariato Apostólico de Guam las islas Marianas, después de considerar atentamente el asunto delante del Señor, he creído que era la mayor gloria de Dios, separar definitivamente la Misión de las Islas Carolinas y Marshall de la Provincia Bética, aunque reteniendo en cuanto fuese posible a los P. Españoles que con tanta abnegación han trabajado en ella hasta ahora, y confiarla a todas las Provincias de la Asistencia de América, bajo el Gobierno inmediato del P. General.”

Janssens consideró enviar a los jesuitas andaluces a India o a China, pero en este último destino habían surgido dificultades a la entrada de misioneros. Así que resolvió encomendarle el Japón junto con los de Toledo, dado que en el país nipón había ya “libertad absoluta” para los misioneros.

Los cambios no se refrieron únicamente a la misión. El 27 de septiembre de 1947 tomó posesión como Provincial de Andalucía el P. Juan Guim Molet, procedente de Cataluña. El nombramiento se ha atribuido a un intento de moderar un cierto rebrote integrista en la provincia, cuyos vínculos son manifiestos por la financiación de *El Ángel de Carolinas* por parte de Manuel Fal<sup>67</sup>.

Fue al P. Juan Guim a quien se dirigió el H. Casasayas el 10 de octubre desde Saipán. Se habían conocido en Gandía donde Guim fue ayudante del maestro de novicios y Casasayas novicio. Casasayas se confesaba “achacoso (...) Para mí el trabajo es mucho y no puedo dar abasto”. Era misionero en Truk y allí había pasado el primer año de la guerra, el segundo y el tercero los pasó en Ponapé:

“...Acompañé allá al Hermano Arizaleta, y al terminar regresé otra vez a mi nido de Truk, y después de improvisar una casa de nipa e iglesia por el estilo para que el Padre

---

67 “Nuevo P. Provincial” (EAC XI-XII, 1947, 1). Sobre Guim, puede consultarse su voz en el diccionario de la Real Academia de la Historia en <https://dbe.rah.es/biografias/20390/juan-guim-molet>. [15 de mayo de 2023].

pudiese ejercitar los ministerios parroquiales, pues vivíamos en el campamento con los soldados americanos, les hice casa e iglesia al P. Batle y al H. Espuny en la isla de Fefén. Últimamente hice la iglesia principal y el colegio de las MM. Mercedarias, que ya funciona, internado y externado, con gran fruto”<sup>68</sup>.

Casasayas esperaba que esa residencia fuera la episcopal, dado que los americanos habían instalado el gobierno en Wola en lugar de en Toloas, donde estaba antes. Sobre los habitantes, informaba que la mitad eran católicos y la otra mitad protestantes. “Tenemos que defendernos de tres pastores alemanes y dos americanos, y estos últimos carecen bastante”. A pesar de ello consideraba favorable el nuevo gobierno y esperaba que continuase aumentando el número de católicos.

Una vez terminadas las construcciones, el P. Kennally le había dado permiso para unas vacaciones que disfrutaba en Guam y Saipán, desde donde escribía. Para llegar desde Truk a Guam montó por primera vez en avión, uno de bombardeo con dos motores. Después de pasar tres días en Guam voló a Saipán en un avión de transporte militar. Sobrevoló Rota y recordó al P. Pons y al H. Timoner que habían muerto en ella. Al aterrizar le esperaba el H. Oroquieta, que en Saipán estaba aguardando su pasaporte para embarcar hacia América. Ambos celebraron encontrarse.

De la misión estaba previsto que partieran a América no sólo Oroquieta, sino también el propio Casasayas. A Sevilla se había trasladado ya entonces el P. Tardío. Por otro lado, a la misión comenzaban a llegar padres americanos: Frederic Bailey a Yap, Harry Furay a Palaos y también habían salido para su destino “los dos nuevos misioneros de Truk y Ponapé” y se esperaba que en el mes de octubre saliesen de América para Marshall otros dos misioneros<sup>69</sup>.

En ese tránsito de misioneros se situó el regreso a Carolinas del P. Paulino Cantero, que era natural de aquellas islas y que se había formado en Portugal y España hasta ordenarse en 1940. A final de 1947 viajó a sus tierras como “el primer sacerdote de su clero indígena”<sup>70</sup>.

El P. Tardío partió de Saipán el 31 de mayo de 1947 y llegó a Sevilla el 8 de septiembre de 1947. Habían pasado dieciocho años desde que saliese de Jerez rumbo a la misión en septiembre de 1922. Contó su periplo en la revista

68 “Como han quedado nuestros misioneros. Carta del H. Casasayas al R. P. Juan Guim” (EAC XI-XII 1947, 2).

69 Estas informaciones las daba el P. Juan Bizcarra en una carta de 5 de octubre de 1947 (EAC XI-XII 1947, 3). Los datos coinciden con Francis X. HEZEL, *The Catholic Church in Micronesia...*, *op. cit.*, p. 44 y 244.

70 EAC XI-XII 1947, 6.

para animar las cuestaciones en favor de sufragar los trayectos de viaje, muy encarecidos y que cifraba en unas doce mil pesetas para cada misionero. Esa era la cantidad aproximada que habrían de pagar “cada uno de los Padres y Hermanos Jesuitas españoles que han de volver a la Madre Patria por su estado de salud y por no ser necesaria su estancia en las Islas Carolinas dentro de poco tiempo”<sup>71</sup>.

	Misionero	Condición	Destino inicial	Edad 1945	Tras la guerra
1	Aguinaco, Agustín	Coadjutor	Ponapé	62 años	Permaneció en Ponapé hasta 1949.
2	Ariceta, Juan	Coadjutor	Tokio	47 años	Estuvo en Palaos desde 1946 hasta 1965 y luego en Ponapé hasta su muerte en 1987.
3	Arizleta, Aniceto	Coadjutor	Lukunor, Mortlock (Carolinas)	76 años	Muere en Ponapé en 1946, a donde llegó en 1943.
4	Batle, Santiago	Jesuita	Fefén, Truk (Carolinas)	53 años	Muere en Truk en 1965.
5	Belinchón, Juan	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	54 años	En la obra de Hazel aparece en Ponapé sólo hasta 1936, pero sabemos que sobrevivió en la misión a la guerra <sup>1</sup> .
6	Berganza, Higinio	Jesuita	Tokio	53 años	Fue destinado a Ponapé y allí murió en 1973.
7	Bizcarra, Juan	Jesuita	Tokio (en Yamaguchi)	37 años	Murió en Palaos en 1998 <sup>2</sup> .
8	Casasayas, Salvador	Coadjutor	Fefén, Truk (Carolinas)	46 años	Sale de Ponapé en 1946. En Truk entre 1946 y 1950.
9	Cermeño, Antonio	Jesuita	Tokio		

71 “Los viajes de los misioneros al Japón”, *El Ángel de Carolinas*, noviembre-diciembre de 1947, p. 5.

10	Cobo, Paulino	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	50 años	Murió en Ponapé en 1971.
11	Espinal, Martín	Jesuita	Lukunor, Mortlock (Carolinas)	61 años	En Truk hasta 1951.
12	Espuny, Pedro	Coadjutor	Fefén, Truk (Carolinas)	53 años	Muere en Truk en 1950.
13	Fernández, Gregorio	Jesuita	Ponapé (Carolinas)	46 años	Permaneció en Ponapé hasta 1957.
14	Fernández, Quirino	Jesuita	Ponapé (Carolinas)	45 años	Murió en Ponapé en 1960.
15	Gogenola, José Mauricio	Coadjutor	Ponapé (Carolinas)	68 años	Murió en Ponapé en 1960.
16	Hernández, Faustino	Jesuita	Toloas, Truk (Carolinas)	54 años	En Truk hasta 1955.
17	Herreros, José	Jesuita	Tokio	51 años	
18	Lasquibar, Ramón	Jesuita	Ponapé (Carolinas)	75 años	En Ponapé hasta 1950.
19	Martín, Cipriano	Coadjutor	Lukunor, Mortlock (Carolinas)	62 años	En Truk hasta 1953.
20	Ocina, Pedro	Coadjutor	Tokio	37 años	
21	Oroquieta, Gregorio	Coadjutor	Saipán (Marianas)		En 1948 llega a Yap, donde permanece hasta 1971. Luego marcha a Ponapé donde muere en 1977.
22	Santana, José	Coadjutor	Toloas, Truk (Carolinas)	49 años	Sale de Truk en 1947.
23	Tardío, José María	Jesuita	Saipán (Marianas)		Regresa a España en 1947.

1 En la obra *The Catholic Church in Micronesia*, de Francis X Hezel, aparece en Ponapé sólo hasta 1936 (p. 116)

2 Javier GALVÁN, “Los últimos de Oceanía”, *Revista Filipina*, 8 (verano 2021), 92-97.

*Tabla 2. Misioneros españoles en Carolinas tras la guerra. Elaboración propia a partir de los datos extraídos de El Ángel de Carolinas, de AGA 82/4992 expdte. 147, y de la obra The Catholic Church in Micronesia, de Francis X Hezel, S.J.*

Durante la Segunda Guerra Mundial habían desaparecido 9 misioneros españoles de aquella misión. De ellos, el P. Juan Pons y el Hermano Fernando Hernández murieron por causas naturales; los otros 7 desaparecieron a manos de los japoneses. Para el periodo inmediatamente posterior a la guerra podemos contabilizar 23 misioneros españoles supervivientes destinados en aquellas islas, entre los que se cuentan los residentes en Tokio. A pesar del cambio de adscripción de la misión tras la guerra, 10 de estos 23 misioneros murieron en aquellas islas después de acabar la guerra; otros 9 dejaron aquel destino y de los restantes 4 no contamos con datos suficientes para responderlo; pero es razonable suponer que abandonasen aquel destino<sup>72</sup>.

En buena medida, la cifra de misioneros españoles que permanecieron en la misión a partir de su nueva adscripción a los jesuitas estadounidenses confirma el afán de los religiosos por ocuparse de aquella tarea, como ya había manifestado Berganza en algunas de sus letras. Una buena prueba de este afecto fue el librito *Rosario de Corales en el Nan-Yo o las islas de los garbanzos* que publicó el P. Faustino Hernández en noviembre de 1955, coincidiendo con el final de sus días en aquel destino. Al referirse a la etapa más reciente de la misión temía “deslizarse en algo no conveniente”; pero se refirió a lo “indecible que empezamos a sufrir ya un año antes que se declarara la guerra y empezaran con todo su furor los primeros ataques”. Tuvo recuerdos para los misioneros desaparecidos; pero también para los “nuevos y largos trabajos de reconstrucción y sacrificios, tal vez no tan heroicos, pero sí de más frutos espirituales, que presagian un futuro venturoso” en referencia al nuevo dominio estadounidense. Sus palabras culminaron con un “muy agradecido recuerdo” para los padres Kennally y Mc Manus, siendo este último quien para entonces había sustituido al primero como Administrador Apostólico y Superior de la misión<sup>73</sup>.

## CONCLUSIONES

El nuevo dominio estadounidense sobre la Micronesia tras la II Guerra Mundial y el aislamiento internacional a que quedó sometida España, especialmente a partir de 1946, provocaron el cambio de adscripción de la misión jesuítica de Carolinas a la provincia Bética en España en favor de la provincia de Nueva York. Se trataba de una modificación similar a la que había provocado la llegada de los españoles en 1920 para sustituir a los religiosos alemanes a partir de los efectos de la Gran Guerra. La decisión final fue tomada tiempo después del final del conflicto, dado que la Compañía no contó con un nuevo general hasta septiem-

<sup>72</sup> Incluimos en esta cifra a Juan Belinchón.

<sup>73</sup> Faustino HERNÁNDEZ, *Rosario de Corales en el Nan-Yo o las islas de los garbanzos*, Madrid: Gráficas Martínez, 1955, p. 50-52. Hemos consultado el ejemplar conservado en el archivo de la Provincia de España de los Jesuitas.

bre de 1946 en la persona del P. Janssens. Fue él quien adoptó la decisión en el mes de junio de 1947. Con todo, esta modificación contó con la aceptación de los españoles, que en casi todos los casos permanecieron trabajando en la misión durante algunos años, tal como les fue permitido; en la mitad de los casos hasta el final de sus días. Incluso el P. Mc Manus llegó a contemplar la posibilidad de que se permitiera el envío de más misioneros españoles si las autoridades americanas modificaban su postura hacia el régimen de Franco.

Durante la guerra, los misioneros habían vivido una dramática experiencia de persecución que basculó entre el martirio en algunos casos y la tolerancia en otras islas. El contraste entre esta realidad vivida y el nuevo dominio estadounidense, en el que destacó el buen trato dispensado a los religiosos y el buen número de soldados católicos que requirieron de asistencia espiritual fue proyectado en los ambientes jesuítos en los que se distribuyó *El Ángel de Carolinas*, que pudieron leer cómo podía desarrollarse la fe en ambientes marcados por la libertad religiosa y la convivencia con otros cultos. Por su parte, Japón volvió a abrir sus puertas a la llegada de misioneros hasta el punto de que, paradójicamente, fue allí donde se asignó el nuevo encargo misionero de los jesuitas españoles.

Si bien numéricamente podría decirse que la misión no tuvo unos resultados abultados, es muy destacable el arraigo del catolicismo en diferentes comunidades que resistieron las penalidades de la guerra en fidelidad a su fe. Fue este uno de los aspectos más llamativos de la visita del P. Edwin Mc Manus, que estaba convencido de dirigirse hacia una misión con un cristianismo tan sólo superficial y que se sorprendió al encontrar un importante convencimiento religioso en muchos de los naturales de aquellas islas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Leandro ÁLVAREZ REY, “La Andalucía Contemporánea: niveles de conocimiento, fuentes y materiales didácticos” en Leandro ÁLVAREZ REY y Encarnación LEMUS LÓPEZ (ed.), *Historia de Andalucía Contemporánea*, Huelva: Universidad de Huelva, 1998, p. 21-55.
- Alexandre COELLO DE LA ROSA y David ATIENZA DE FRUTOS, “Sobre amnesias y olvidos. Continuidades y discontinuidades en la (re)construcción de la memoria colectiva en Guam (Islas Marianas)”, *Historia Social*, 86 (2016), p. 25-46.
- John DAVISON, *La Guerra del Pacífico día a día (1941-1945)*, Madrid: Libsa, 2005.
- María Dolores ELIZALDE, “Una defensa de la soberanía en el contexto del imperialismo: la colonización española de las islas Carolinas y Palaos” en María Dolores ELIZALDE, Josep M. FRADERA y Luis ALONSO (ed.),

- Imperios y Naciones en el Pacífico. Colonialismo e Identidad Nacional en Filipinas y Micronesia*, vol. II, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2001, p. 315-339.
- Javier GALVÁN, “Los últimos de Oceanía”, *Revista Filipina*, 8 (verano 2021), p. 92-97.
- Javier GALVÁN GUIJO, “El legado arquitectónico de origen español en Micronesia”, *Revista Española del Pacífico*, 10 (1999), p. 9-26.
- Faustino HERNÁNDEZ, *Rosario de Corales en el Nan-Yo o las islas de los garbanzos*, Madrid: Gráficas Martínez, 1955.
- Francis X. HEZEL, *The Catholic Church in Micronesia. Historical essays on the Catholic Church in the Caroline-Marshall Islands*, Chicago: Loyola University Press, 1991.
- David MANZANO COSANO, “La isla de Guam: de colonia española a territorio no autónomo”, *Revista Española de Derecho Internacional*, 74 (2022), p. 135-154.
- Yumi NAGASE, “La visión de Guam del obispo Miguel Ángel Olano: descripción de las fuentes archivísticas (1918-1970)”, *Naveg@américa. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, 28 (2022).
- Florentino RODAO, “Monsignor Olano, a bishop in World War II”, *Micronesian Journal of the Humanities and Social Sciences*, 4 (2/2005), p. 85-101.
- Chiaki J. WATANABE, “Los jesuitas españoles en el Imperio Japonés (1916-1945)” en José Ramón RODRÍGUEZ LAGO y Natalia NÚÑEZ BARGUENO (ed.), *Más allá de los nacionalcatolicismos. Redes Transnacionales de los catolicismos hispánicos*, Madrid: Sílex Universidad, 2021

ARTÍCULO RECIBIDO: 12-05-2023, ACEPTADO: 12-09-2023

